

J. M. † J. T.

**Frailes Carmelitas Descalzos**  
**Carmelitas Descalzas**  
**Carmelo Seglar**  
**Familia del Carmelo Teresiano en la Provincia**

**Hermanos, hermanas:**  
**¡Os saludo con la Paz que nace del Corazón de Jesús!**

Así es, *su corazón abierto nos precede y nos espera sin condiciones, sin exigir un requisito previo para poder amarnos y proponernos su amistad: «nos ama primero» (1 Jn 4,10).*

El mes de junio ha centrado nuestra mirada en la imagen del Corazón del Señor. La encíclica *Dilexit nos* del difunto Papa Francisco nos habla, en el número 69, de algo muy nuestro: San Juan de la Cruz ha querido expresar que en la experiencia mística el amor inconmensurable de Cristo resucitado no se siente como ajeno a nuestra vida. El Infinito de algún modo se abaja para que a través del Corazón abierto de Cristo podamos vivir un encuentro de amor verdaderamente mutuo: «cosa creíble es que el ave de bajo vuelo prenda al águila real muy subida, si ella se viene a lo bajo, queriendo ser presa». Y explica que «viendo a la esposa herida de su amor, él también al gemido de ella viene herido del amor de ella; porque en los enamorados la herida de uno es de entrambos y un mismo sentimiento tienen los dos». El Santo entiende la figura del costado herido de Cristo como un llamado a la unión plena con el Señor. Él es el ciervo vulnerado, herido cuando todavía no nos hemos dejado alcanzar por su amor, que baja a las corrientes de aguas para saciar su propia sed y encuentra consuelo cada vez que nos volvemos a él:

*«Vuelvete, paloma,  
que el ciervo vulnerado  
por el otero asoma  
al aire de tu vuelo, y fresco toma».*

El recién elegido sucesor del apóstol Pedro, el Santo Padre León XIV, desde el inicio de su pontificado está en la plegaria de tantas comunidades (frailes, monjas, seglares) que se sienten unidas al pastor de la Iglesia universal para seguir caminando fieles a la voz del único Pastor, Jesús el

Señor. En sus primeras palabras nos invitaba con fuerza: *vayamos adelante, Cristo nos precede. La humanidad tiene necesidad de Él como el puente que necesita alcanzar.*

Pronto comenzaremos el mes de julio, es el mes mariano del Carmelo por excelencia, y entre nosotros el recuerdo de la Virgen del Carmen nos lleva al encuentro con nuestros orígenes. Un cronista medieval afirma que: “En la ladera de esta misma montaña -el Monte Carmelo-, hay un lugar muy hermoso y agradable, donde viven los hermanos latinos llamados hermanos carmelitas, los cuales tienen una pequeña y hermosa iglesia de la Virgen”. Nuestra Santa Madre, monja carmelita desde los veinte años, que nos invitaba a mirar a aquellos padres nuestros de dónde venimos, y que sentía la tradición espiritual de la Orden como algo propio, puso todo su interés por la renovación de la Orden y la santidad de sus miembros bajo la que era invocada como Reina, Madre y Señora del Carmelo, la Virgen María. Decía a las primeras monjas del monasterio de San José de Ávila: “Parezcámonos, hijas mías, en alguna cosita a esta Sacratísima Virgen, cuyo hábito traemos, que es confusión nombrarnos hijas suyas”.

Los Carmelitas siempre han tenido la devoción mariana como uno de los elementos más arraigados en la Orden: “invocamos la ayuda de Dios que nos lo concede todo abundantemente y sin demora; imploramos la intercesión de la Santísima Virgen María, madre de Jesús, en cuyo obsequio y honor fue fundada nuestra Orden del Monte Carmelo”. Ya en el capítulo de Montpellier, 1294, se afirmaba que “invocamos la ayuda de Dios que nos lo concede todo abundantemente y sin demora; imploramos la intercesión de la Santísima Virgen María, madre de Jesús, en cuyo obsequio y honor fue fundada nuestra Orden del Monte Carmelo”. Este carácter mariano de la Orden del Carmen queda expresado en el título que los propios carmelitas se dieron: *Hermanos de la bienaventurada Virgen María*. María para los primeros ermitaños del monte Carmelo es la Señora del lugar que por oficio tiene el de proteger a aquellos que buscan su amparo. Ellos, en el sentido medieval del vasallaje, se sienten propiedad personal de María, a la que deben servir e imitar y por la que se sentían defendidos y amparados. Por eso, como era costumbre en el mundo medieval, toman el nombre o título de la persona bajo cuyo patronazgo viven.

A finales del siglo XIII se afirma que el fin de la orden del Carmen es rendir un culto especial a la Virgen María, lo que se traduce en la dedicación de sus iglesias a la Virgen, el canto de la Salve, la conmemoración semanal de la Virgen con oficio y misa propia y la celebración solemne de las fiestas de la Virgen.

La vida al servicio de la Madre de Dios exige del carmelita no sólo rendirla culto, sino imitar sus virtudes y conformar su vida con la vida de la Virgen, y es que “los verdaderos hijos o hermanos de los santos no son aquellos que están unidos con lazos de sangre, sino aquellos que imitan sus

obras. Verdad es que nadie la igualó ni igualará, pero a pesar de ello debemos caminar sobre su huella”.

Nuestra Santa Madre no se cansaba de pedir “tenéis tan buena madre; imitadla y considerad qué tal debe ser la grandeza de esta Señora y el bien de tenerla por patrona”. María es vista por Teresa como la primera cristiana, la discípula del Señor, la seguidora de Cristo hasta el pie de la Cruz. Ella es modelo de sentimientos de pureza de corazón, de pensamiento y de intención; de pobreza y humildad; de admiración que llega al estupor ante las maravillas de Dios: para Teresa es ejemplo y modelo de todas las virtudes, y la Madre que nos enseña que la cruz es camino para la gloria.

La Virgen era y es para los carmelitas la oyente de la Palabra: la que escucha la Palabra de Dios, la que la medita en su corazón y la pone en práctica con sus obras. Juan Grossi, General de la Orden en el primer tercio del siglo XV, en su *Viridarium*, escribía: “Nuestros Padres en el Carmelo, en obsequio de María se pusieron en contemplación”. Y es que, como pedía la Regla, el carmelita debía “permanecer en su celda, o en las inmediaciones de la misma, meditando día y noche la ley del Señor y velando en oración”.

La oración, alimentada con la escucha de la Palabra y la liturgia, debe llevarnos al trato de amistad con Dios, no sólo cuando oramos, sino cuando vivimos, y a forjarnos en la práctica de las virtudes teologales. En la fe, viviendo en plena confianza en Dios, en su amor providente. En la esperanza, sabernos peregrinos en tierra extraña al encuentro personal con Dios. En la caridad, el amor concreto con los demás hermanos, compartiendo sus bienes, las cosas materiales, teniéndolo todo en común, y mientras vivieron en tierra Santa en virtud de esa consagración al Señor, que se traducía en un compromiso serio con aquella tierra en la que vivió el mismo Cristo, atendiendo, acogiendo y ejerciendo la hospitalidad a todos los peregrinos que en camino hacía Jerusalén pasaban por el monte Carmelo.

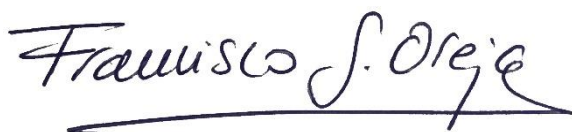
Santa Teresa nos enseña que pertenece al ser de nuestro carisma penetrar de celo apostólico la oración y toda la vida consagrada, trabajando de distintas maneras en servicio de la Iglesia y de los hombres, para que de verdad “la acción apostólica dimane de la íntima unión con Cristo”. El Carmelita pretende realizar ambos servicios, el contemplativo y el apostólico, formando una comunidad fraterna. De este modo, fieles a la idea primitiva de santa Teresa de fundar una pequeña familia a imagen y semejanza del pequeño “colegio de Cristo”, gracias a nuestra comunión de la vida basada en la caridad, nos convertimos en testigos de la unidad de la Iglesia.

No podemos olvidar en este mes de julio al profeta Elías, que ha sido visto como modelo y ejemplo de vida por los Carmelitas de todos los tiempos. Él, el profeta del Dios vivo, el campeón del monoteísmo es modelo de vida de oración y de intimidad de vida con Dios, ejemplo de compromiso con los pequeños y los pobres en lucha contra la injusticia.

Tampoco deberíamos olvidar en este mes al Beato Juan Soreth, sabiendo leer los signos de los tiempos, abrió el Carmelo a nuevas formas de vida, a la monjas y a los laicos a través de la “Orden Tercera” del momento (Carmelo Seglar actualmente), desde entonces el Carmelo se entiende como una familia, que con distintas formas de vivir la vocación carmelitana, comparten unos mismos padres y maestros, una misma tradición y patrimonio espiritual.

Finalmente ya que estamos al inicio del verano, tiempo que suena a descanso, deseamos a todos unas buenas y merecidas vacaciones. El concilio Vaticano II nos habla de la dignidad del trabajo y, en el Decreto conciliar *Perfectae caritatis*, se recomienda a los religiosos que “cada uno en su oficio, siéntase obligado a la ley común del trabajo”, a través del cual lograr lo necesario para su sustento y sus obras. También habla de descanso, entendiendo por descanso el tiempo libre empleado para distracción del ánimo y para consolidar la salud del cuerpo y del espíritu. Tradicionalmente se decía que uno había venido al convento a “vacar a solas con el Señor”. El verbo latino *vaco* significa estar vacío, desierto, libre, estar ocioso, tener tiempo para una cosa, dedicarse a... *Vacar a solas con el Señor* es el oficio del monje, que libre de cualquier otra ocupación o trabajo, puede dedicarse a la meditación, a la oración, al mundo del espíritu, pero no olvidéis dedicar un tiempo a la familia, tanto a la familia de sangre como la religiosa y a los verdaderos amigos.

Pronto, el año próximo, celebraremos los *775 años de la entrega del Escapulario*. Que la Virgen María nos ampare a todos los carmelitas: religiosos, monjas, laicos, y que el amor filial a la Virgen, edifique la fraternidad carmelitana, ese amor del espíritu de familia que debe existir entre todos los que llevamos el hábito de la Virgen, y que todos continuemos cultivando y propagando la devoción a nuestra Madre y Señora la Virgen María.



**Fr. Francisco Sánchez Oreja ocd**

24 de junio de 2025  
Natividad de San Juan Bautista

